

Sentimientos y realidades de Juan Celaya

Decía D. Gregorio Marañón: "Para el pintor puro, pintar es sólo pintar bien y resolver todos los problemas de la técnica, pintar del mejor modo posible obras bellas, sin otra trascendencia intelectual que el afán estético y los tópicos sociales que en cada época constituyen una preocupación y son, por tanto, temas habituales del artista". Yo he querido vislumbrar en la pintura de Juan Celaya una constante pretensión: quiere que sus obras ofrezcan un mensaje, y obliga al contemplador de sus cuadros a suscitar dentro de sí su propia respuesta. Empero a una obra de arte nunca debemos pedir - y mucho menos exigir- que nos grite lo que su autor quiso expresar, sino que debemos atender sumisamente las sugerencias que nos susurra porque la obra pictórica es lo que es, y de ahí sus diferencias al ser plasmada una misma escena.

Juan Celaya no es niño prodigio y como cualquier chico rodense de la posguerra que acude al colegio público José Antonio sabe de penurias y privaciones. Cuenta ya doce años cuando recibe sus primeros trebejos de pintor, regalo de su buen amigo Alfonso Ruiz, que le anima machaconamente a manchar las telas con obras de Cézanne; ese Cézanne que, más tarde, dirá a nuestro pintor que los detalles inútiles son perjudiciales para la pintura. En verdad, no fue Alfonso Ruiz el primero en descubrir las cualidades pictóricas del chaval, pues ya sus maestros, tanto don César Moreno como don Onofre, habían completado sendos "cuadernos de rotación", ilustrados con dibujos de la enciclopedia "Alvarez" y coloreados con lapiceros "Alpino", confiados en las buenas maneras del alumno Juan Celaya.

En 1960, abandona el tejar familiar, donde había aprendido -y disfrutado- con la modelación del barro que seguidamente tomará el cuerpo de teja árabe, y dirige sus pasos a la capital donde don Francisco Díez Vázquez, Ingeniero de Caminos, se encarga de que el nuevo alumno aprenda a encuadrar las figuras dentro de la obra pictórica. Marcha a Valencia e ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, y allá, bajo la atenta mirada del Académico Arcas, hace, y repite, y corrige, mil y un dibujos. El joven estudiante sueña con el lápiz, sueña con el dibujo. Pero esos sueños no le apasionan, ya que él no ha ido a la Ciudad del Turia para ser profesor; él tiene tan sólo una aspiración: ser pintor. Pronto permuta las clases, frecuentadas en otro tiempo por el Maestro Sorolla, por la inmensa aula de La Mancha, delimitada tan sólo por el azul del cielo y la infinitud del horizonte.

Con sus ojos niños, Juan había contemplado, una y otra vez, cómo el sol ardiente de su Roda natal se apretaba cual pelota de badana sobre el rostro de aquellos gañanes manchegos; había contemplado, una y otra vez, cómo la voz, el habla de aquellos gañanes manchegos se hacía tan oscura como su blusa; había contemplado, una y otra vez, cómo el gañán manchego ponía el acento a la soledad del campo y su rostro, de fumador pobre, tomaba el color del café. Después de escuchado el mensaje de aquellas vivencias, y haciendo gala de sus años en los que, como diría el autor de "El obispo leproso", el alicantino Gabriel Miró, "estaba muy jovencito y guapo de luna", decide enrolarse, con sus 25 años, en una cuadrilla de vendimiadores. Visita Francia. El viaje le sirve no sólo de experiencia vital, sino para conocer la obra de Paul Cézanne y Vicent Van Gogh, de Claude Monet y de Paul Gauguin, de Edouard Manet y Juan Augusto Ingres. "De Francia me traje -dice- algún

dinerillo, pero, sobre todo, me traje un montón de pintura almacenada en mi retina". Y a fe que su pintura tiene ya calidad, pues sus telas son reclamadas y colgadas en las más prestigiosas Galerías de Arte de toda España: Madrid, Gijón, La Coruña, Albacete, Ciudad Real, Barcelona...

En 1972, visita el estudio de Guillermo García Sahúco, discípulo predilecto de Vázquez Díaz, a quien Juan admira sobremanera porque de él ha aprendido a modular el color, a conceptualizar el espacio y a objetivar la naturaleza. Cuando ambos contertulios están embelesados en su conversación, aparece Benjamín Palencia. La tertulia se alarga y la amistad entre el Maestro de Barrax y Juan Celaya queda sellada para siempre. Ambos presentan puntos comunes: huyen del academicismo, gustan de la pintura del natural, admiran a los expresionistas franceses.

El amplio paisaje manchego -y su color- influye tozudamente en su obra hasta conseguir incrustarle su impronta. Y es que Juan Celaya es un tanto niño y tiende, en todo momento, a refugiarse en el útero virginal del paisaje que le es propio: "Tejados de La Roda" (aquí nació, en 1946), "Amapolas en Barrax", "Melocotones de Casasimarro", "Cuestas de Munera", "Aldea manchega", "Paisaje de Bienservida"... Debido a sus muchos años de oficio, su paleta tiene plasmada una amplia temática pictórica: bodegones, retratos, escenas religiosas, paisajes... Pero, en verdad, Juan siente una inclinación especial por pintar esos rincones y esos paisajes encontrados en su vida cotidiana: "Perol con cebollas", "Girasoles", "Primavera", "Paisaje con romeros", "Rastrojos", "La vieja silla"...

Como en tantos otros artistas, el nacimiento de Juan Celaya en tierra manchega determina su obra, que nos muestra sus vivencias, sus sensaciones, sus sentimientos; esos sentimientos llevados al lienzo, esos mudos sentimientos hechos realidad tangible. Y así vemos cómo su pintura encierra un tanto de belleza y un mucho de poesía bucólica con dominio de la técnica del color siempre, que hace patente su gusto por la hegemonía cromática. Sus obras, aunque atrevidas a veces, son hijas de su libertad, siempre encuadradas dentro de un expresionismo armónico y sin estridencias. La pintura de Juan Celaya contiene muchas cualidades, pero, tal vez, la autenticidad sea la más sobresaliente. Su paleta, siempre ayuna de imitaciones, es fiel, en todo tiempo, a su verdad pictórica. A veces, refina y simplifica su pintura, casi siempre naturaleza muerta y paisaje, hasta lograr esa pureza tonal y de motivos que diferencian al verdadero artista. Podemos afirmar que Juan Celaya, por méritos propios, forma ya parte de esa magnífica escuela de pintura manchega a la que pertenece una ingente pléyade de artistas: López Villaseñor, Gregorio Prieto, López Torres, Alfredo Palmero, Víctor de la Vega, Amalia Avia, Antonio López, Rafael Requena, Gloria Merino, Rafael Canogar, Francisco Carretero. Gustavo Torner, Benjamín Palencia...

Podemos afirmar sin hipérbole que la obra de Juan Celaya, presente ya en muchos museos e Instituciones Públicas, desde su inconformismo, nos llega granada, nos llega madura, como esos áureos trigales manchegos que él tantas veces ha plasmado en sus lienzos, y, por ello, el decano de la A.E.C.A., Antonio Cobos, dice: "Juan Celaya, con una larga andadura exposicional en su inquieta vida de pintor, se encuentra en el culmen de su arte, y en el ápice de su maestría".

LUIS F. LEAL